

**CINCO EXPERIENCIAS COTIDIANAS
QUE NOS REVELAN
LA AMOROSA PRESENCIA DE DIOS**



CINCO EXPERIENCIAS QUE NOS REVELAN LA AMOROSA PRESENCIA DE DIOS¹

Al enfatizar este punto de la espiritualidad apostólica, de ninguna manera se pretende denigrar los modos ordinarios y tradicionales para encontrar la unión con Dios: oración, meditación, reflexión sobre sí mismo, examen de conciencia, escucha de la Palabra, celebración eucarística y vida sacramental, vida de comunidad. Sí se quiere decir, en cambio, que todo esto está para servir y apoyar el lugar central de encuentro con Dios que está en nuestro apostolado. De ninguna manera queremos defender un activismo irreflexivo o acrítico. Realmente necesitamos un ritmo de reflexión sobre nosotros mismos, de oración litúrgica y de tranquilidad contemplativa, si queremos ser sensibles y atentos a la acción de Dios en nuestra vida y ministerio. Ese ritmo nos proporciona la capacidad de estar alerta y tener la sensibilidad al Dios que revela su amor y su presencia en nuestro trabajo por el Reino.

En el apostolado que realizamos hay dimensiones o momentos que son especialmente reveladores de la presencia y acción de Dios. Desafortunadamente, no siempre las valoramos así. Por el contrario, a veces las interpretamos mal y buscamos caminos para evitarlas o para anestesiarlas contra su pleno impacto.

Muy a menudo, por no entenderlas, nos perdemos la graciosa y amante acción de Dios en nuestra experiencia de cada día y seguimos creando dicotomías artificiales entre oración y trabajo, contemplación y acción, dicotomías que a menudo nos dejan notablemente confundidos en nuestra relación con Dios.

Vamos a describir algunas de estas experiencias de vida y de apostolado, reveladoras de la amorosa presencia de Dios.

¹ *Adaptación de Mariano Varona de un trabajo de Frank I. Houdck, S. J.*



1 - La experiencia del encuentro con nuestro ministerio educativo

La mayoría de nosotros hemos llegado periódicamente a un contacto con Dios, cuando nos hemos implicado en un encuentro pastoral personalizado, en la experiencia de recibir una confianza que supera todo lo que podríamos tener derecho a esperar o exigir. Nos referimos a esos momentos maravillosos en los cuales alguien nos comunica una verdad acerca de sí mismo que nunca había sido dicha antes; a los encuentros pastorales en los cuales los secretos del corazón se nos entregan en el amor y la confianza. Podemos recordar esos preciosos eventos en los que el otro estuvo en nuestra presencia, en la cruda desnudez de su intimidad. Todas las máscaras quedaron a un lado; la verdad fue dicha como nunca había sido articulada antes. El joven con problemas, debido a su situación familiar o propios de su crecimiento, el marido o la esposa infiel que recobra su compromiso, la familia que cae en desgracia por asuntos económicos, el colega que nos abre su corazón, la pareja joven que busca una guía para madurar en el amor, el joven que busca información acerca de nuestra Congregación porque ha sido tocado por la calidad de nuestro ser marista... Demasiadas veces, nos perdemos por exceso de ocupación el misterio de estos encuentros. Por falta de reflexión –de examen para tomar conciencia– fallamos en penetrar la revelación a la que estos encuentros dan cuerpo, y así dejamos de percibirlos como el don que realmente son. Olvidamos que no merecemos en manera alguna tal amor y tal confianza. No reconocemos que esos dones nos vienen sólo por la presencia, el amor y la acción del Espíritu de Dios en el otro. Nos perdemos el kairós, el momento de gracia y de revelación de Dios, en el encuen-

tro pastoral; y debido a eso nuestra oración y nuestra espiritualidad se empobrecen.

2 - La experiencia del vacío

Una segunda experiencia que se da en nuestro apostolado y que revela la acción y la presencia de Dios es lo que llamamos la experiencia de la realidad del vacío personal. Esta es probablemente una experiencia humana mucho más ampliamente percibida, pero es particularmente típica de nuestro apostolado. Podríamos describirla como una especie de quemadura. episódica en la que nos sentimos como vacíos de todo entusiasmo, energía y elocuencia. Parece que no quedan recursos. No somos la persona, el hombre, el cristiano o el marista que la gente espera que sea. Simplemente no nos queda nada más para dar; sentimos el vacío del cansancio hasta los huesos, del espíritu abrumado.

Muchas veces hemos mirado esa experiencia como algo que deberíamos evitar, o como un hecho que es mejor negar o anestesiar. Buscamos cómodos “parchecuritas” que en realidad no tienen nada que ver con el agotamiento del alma que sentimos. Posiblemente, esta experiencia se ha dado en todos nosotros. Tal vez hemos buscado una variedad de remedios estúpidos y/o inapropiados para salir de ahí, sin darnos cuenta que se puede encontrar a Dios en un vacío así, sobre todo si es el resultado del desgastarse en el apostolado.

Ese vacío es, en realidad, una señal de nuestro profundo deseo y anhelo innato de Dios. Hemos intentado llenar el vacío de tantas maneras y hemos descubierto que eran todas completamente falsas. Hemos de entrar en el vacío, y buscar allí el anhelo y el deso que delata. La configuración del deseo y el anhelo es la que nos irá revelando quién va a llenar el vacío y satisfacer el deseo que estamos experimentando. Eso es, de algún modo, como ensamblar un rompecabezas de piezas totalmente blancas. No tenemos ni imagen ni plan que nos sirva de guía para armar el puzzle. Sólo la forma de los espacios vacíos nos dice casi infaliblemente los contornos de la pieza que estamos buscando para llenar los espacios y completar el rompecabezas. De la misma manera, este sentimiento de vacío disfraza en realidad un deseo y un anhelo cuya figura, composición y sustancias nos revelan el rostro de Dios, el que realmente satisface todos nuestros más profundos deseos. Hay en eso algo de lo que san Agustín sugería en su famoso dicho: *«Nuestros corazones están inquietos, oh Dios, hasta que descansen en Ti»*

Así las cosas, evitar esa especie de vacío, es un riesgo para nuestra oración y espiritualidad.

Hay una dimensión especialmente punzante de ese vacío que merece en forma particular nuestra atención: la realidad de la soledad tal como se siente en nuestra condición de consagrados.

En la sociedad actual, la soledad nos inflige una de las heridas humanas que más debilitan y hacen sufrir. Todos vivimos con un agudo sentido nuestro aislamiento, acompañado de una búsqueda intensa de relaciones íntimas y unidad en la comunidad. Hay tantas formas en las cuales tratamos de aliviar nuestra soledad: sicoterapias, grupos de apoyo, liturgias más pequeñas y más íntimas, talleres sobre intimidad. Usamos todos estos recursos y muchos más para tratar de abrir una brecha en la muralla de la soledad personal que nos inmoviliza y muchas veces nos paraliza.

El dolor de la soledad es más complicado en la vida del apóstol. No sólo compartimos la humana condición ordinaria de aislamiento; también descubrimos que el afecto y el impacto en otros de nuestro apostolado va disminuyendo y deteriorándose hasta un punto alarmante. Nuestras preocupaciones en el apostolado apuntan a que nuestros alumnos, además de ser preparados para abrirse paso en la vida, puedan ser buenos cristianos y honrados ciudadanos. Nos interesa “revelar a todos el sentido de la existencia humana” (C. 164). Sin embargo, la mayor parte de las veces conseguimos mucho menos de lo que esperamos. Con frecuencia, experimentamos que nuestra influencia es cada día más irrelevante en sus vidas. Y esto nos desgasta y produce una sensación que hemos calificado de “vacío”.

Hay en todo esto una ironía profundamente dolorosa: queremos entrar en el mismo núcleo y corazón de la vida y experiencia de quienes educamos y se nos relega, a menudo, a la periferia. Nos experimentamos a nosotros mismos como impotentes, con nuestros mejores dones en desuso porque no los necesitan o no los quieren. La herida de tal soledad es una herida profunda y dolorosa.

La dolorosa conciencia de nuestra soledad es una invitación a trascender nuestras limitaciones y mirar más allá de los límites de nuestra existencia presente. Esta conciencia es un don que debemos proteger, guardar y alimentar. Revela nuestro vacío interior, ¡que es llenado con una inmensa promesa si somos capaces de sufrir su suave dolor! Esto significa que hemos de descubrir el mismísimo centro de nuestra vida en nuestro propio corazón.

3 - La experiencia de la conciencia

Una tercera experiencia que puede alimentar nuestra espiritualidad es la que proviene de conciencia moral.

Forma parte, muy claramente, de la vida de todo hombre o mujer madura, pero es una parte muy central de nuestra vida de apóstoles. Es esa pequeña, suave voz que a menudo nos invita y nos urge a ser mejores, a renovarnos.

Se trata de una llamada a la auto-trascendencia que podemos evitar o dejar morir a riesgo de dejar morir nuestro propio espíritu. Es una invitación a ser más, y más grande, de lo que reconocemos ser ordinariamente. Es el desafío de vivir con el corazón ensanchado, es una clara invitación a la generosidad y a la magnanimidad; es, en cierto sentido, simplemente ser lo que la gente espera que seamos los maristas: hombres de valores evangélicos, convicciones evangélicas y compromisos evangélicos.

Si duda que escuchamos esa voz de la conciencia de vez en cuando. Periódicamente nos desafía y encara nuestra comodidad y confort, nuestra autodefensa, nuestra pequeñez y falta de generosidad y compromiso. A menudo nos requiere cuando menos lo esperamos. Con frecuencia, también, al responder a esa voz encontramos paz profunda, satisfacción personal significativa y fecundidad apostólica. La tradición cristiana nos ha enseñado que esa voz es la de Dios. Debemos prestar atención a esa voz, si queremos que nuestra oración y espiritualidad marista crezcan y profundicen. Esa nueva y pequeña voz nos puede llevar a Dios de una manera que ni siquiera imaginamos o esperamos. Puede revelarnos, –y a menudo lo hace– recursos hondamente ocultos en nosotros de los que ni siquiera soñábamos que estuvieran ahí. Nos puede enseñar la presencia, el poder y el amor de Dios en modalidades asombrosamente insospechadas, porque ordinariamente Dios no nos invita ni nos desafía más allá de lo que real y legítimamente está en nosotros.



4 - La experiencia de la belleza

La experiencia de la belleza es también una revelación de la presencia de Dios. Cada día convivimos con multiformes manifestaciones de la belleza: la belleza creada de la naturaleza, la belleza de las obras del espíritu humano en el arte y en la música, la belleza y la inocencia de los niños, la belleza del amor conyugal compartido, la belleza y sabiduría de los hermanos mayores, la belleza de un testimonio, de una conversión, de nuestra sencillez marista, de un encuentro comunitario, de un campamento con jóvenes, de una fiesta colegial, de una convivencia ... ¡Cuan a menudo encontramos esta belleza en nuestro apostolado marista! Lamentablemente, ¡cuan a menudo también, perdemos el misterio que la habita, por estar muy ocupados! Una vez más, nos empobrecemos así en nuestra oración y espiritualidad.

5 - La experiencia del mal.

Finalmente, la experiencia omnímoda del mal también nos revela quién y cómo quiere ser Dios para nosotros como maristas. Es cierto que esta experiencia pertenece a la mayoría de los seres humanos, pero a causa de nuestra vocación la encontramos mucho más a menudo y mucho más intensamente. En cierto sentido, la preocupación por el mal del hombre forma parte de nuestra vida tanto como el aire que respiramos. Nos rodea y envuelve; rara vez estamos sin su rostro feo y destructor ante nosotros.

El apostolado que ejercemos nos pone en contacto diaria con el mal. No transcurre ni un solo día sin que no seamos confrontados con lo que es y no debería ser: discordias familiares, dificultades e infidelidades conyugales, irresponsabilidades profesionales, abusos con niños, drogas, descarada seducción sexual, injusticias sociales, sueldos de hambre, etc ... La lista y los ejemplos podría continuar. La experiencia y la realidad del mal que encontramos pueden deprimirnos y debilitarnos severamente, o bien pueden ser reveladoras de la presencia, el amor y el poder de Dios en nuestras vidas y en nuestro apostolado. Pueden mostrarnos la maravilla y el poder creador de Dios que hace que, incluso en la realidad del mal que distorsiona nuestras mentes, algo de la bondad, el cuidado y la presencia de Dios se nos puedan revelar, impulsándonos a cambiar las situaciones de pecado.

Estas experiencias y otras que podríamos agregar apoyan la intuición de que Dios es alcanzable para nosotros exactamente allí donde hemos sido llamados, en el apostolado activo.

El apostolado es el lugar de nuestra oración y de nuestra espiritualidad. En la experiencia de nuestra condición de apóstoles y en el contexto de un ritmo de oración y reflexión, encontramos el rostro de Dios y escuchamos su voz y su palabra.

Si queremos tener una oración que sea viva y vibrante, que nos desafíe y nos dé energía, tiene que estar enraizada en la experiencia de apostolado. Si nuestro sentido de Dios y nuestra relación con Dios han de madurar, profundizarse y crecer, tiene que ser en el mismo apostolado al cual hemos sido llamados.

¿Cómo puede la experiencia del mal mostrarnos la presencia de Dios? Cuando encontramos el mal, tomamos una experiencia más aguda de cómo son las cosas y cómo pueden ser. La misma confusión, perturbación y fealdad que encontramos, nos dice lo que está faltando, lo que tiene que ser enmendado y sanado. Percibimos dentro de nosotros mismos la imagen de lo opuesto que nos atrae y fascina y pide de nosotros un compromiso para perseguirlo. Nos excusamos diciendo: esto no debería ser así; pondré mis esfuerzos, talento y energía en hacer que las cosas estén mejor de lo que están. De hecho, es amenudo la experiencia del mal la que saca de nosotros nuestra mejor energía pastoral y nuestros más hondos compromisos.

